



AULUS
Y EL ORÁCULO DE CLAUDIO

Vicente Ayuso Osuna

AULUS
Y EL ORÁCULO DE CLAUDIO



Primera edición: febrero de 2026

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Vicente Ayuso Osuna

ISBN: 979-13-88195-12-9

ISBN digital: 979-13-88195-13-6

Depósito legal: M-4526-2026

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A mi amada esposa Judith.

A mi hijo Daniel.

A la memoria de mis seres queridos que ya no están entre nosotros.

De las vivencias de nuestra existencia
nace nuestra propia historia.
Y a pesar del paso de los siglos
y de los hechos históricos acaecidos
seguimos sin aprender.

VICENTE AYUSO OSUNA

Apreciado lector/lectora, antes de comenzar a leer esta historia permítame que me presente:

Respondo al nombre de Aulus. Nací en el año 20 d. C. y mi única pretensión es narrar todas las experiencias que viví a lo largo de mi difícil, dura y espinosa existencia.

No me ha resultado fácil decidir por dónde empezar a relatar mi historia. Comenzó hace veinte siglos, en el siglo I d. C., con el asalto de la galera en la que viajaba como galeote y que cambió mi vida para siempre.

Durante cierto periodo de mi vida serví al emperador Tiberio Claudio César Augusto Germánico, cuarto miembro de la dinastía Julio-Claudia. La versión que os voy a relatar se contradice con muchas de las historias narradas por cronistas de la época. Algunos de ellos mantuvieron que fui partícipe y colaboré en la muerte por envenenamiento del emperador. Nada más lejos de la realidad.

Mi ocupación implicaba un estrecho contacto con el emperador. Trabajaba como sirviente y ocupaba junto a Halotus el puesto de *praegustator* (catador oficial) y mayordomo, lo que suponía acompañar a Claudio a todos los banquetes y cenas, y como mayordomo principal convivir con él y la familia imperial la mayor parte del tiempo.

Nuestra relación fue tan intensa que me permitió conocer perfectamente a Claudio y constatar que la fama de bobo que le otorgaba la corte romana no estaba justificada. Consideraban que siempre estuvo apartado de los asuntos públicos y que era un personaje inaceptable para desempeñar el cargo de César.

El emperador Claudio gobernó de forma eficaz y fue querido por su pueblo, demostrando que fue un buen gobernante, estratega y político.

Tras la lamentable pérdida de Claudio, un indignado clamor general demandaba declararme culpable de la muerte del emperador

y ejecutar me junto a otros sospechosos, pero Nerón, sucesor al trono, permitió que continuara con vida y me concedió la libertad tras mostrarle la *manumisión* otorgada por Claudio.

Finalmente, y a pesar del sentimiento del pueblo romano, mi reputación se fue restaurando a lo largo de los años y me permitió poder vivir honestamente al lado de mi familia hasta llegar el momento de mi muerte.

Prólogo

Año 49 d. C.

Claudio se despertó con la cara y el torso bañados en sudor. Había oscuridad por todas partes y todavía no había amanecido. Se incorporó desorientado. No era consciente de su propia conciencia. Ignoraba si seguía soñando o estaba realmente despierto. Durante dos noches consecutivas tuvo visiones oníricas en las que el propio Júpiter lo señalaba directamente. En el primero de sus sueños, un águila sobrevolaba su cuerpo sin vida. Varios jóvenes de noble aspecto rodeaban al emperador muerto y el ave imperial con su majestuoso vuelo colocaba sobre la cabeza de uno de ellos una corona de laurel, mostrando la divina voluntad de entregarle el poder real. En el segundo sueño, el joven laureado aparecía en el templo del Capitolio sentado en el regazo de Júpiter y observaba como Roma era devorada por las llamas.

El emperador esperaba respuestas y un mensaje directo de Júpiter Óptimo Máximo. Necesitaba el apoyo divino y el consejo que los dioses brindaban a los mortales.

Claudio ascendió con dificultad los peldaños de piedra que llevaban al templo de Júpiter. Su cojera siempre había sido un impedimento, pero en esta ocasión quiso subir por sí mismo. Cuando por fin supero la escalinata y alcanzó el pórtico central, más ancho que los otros dos que daban acceso a Minerva y a Juno, se detuvo para admirar desde allí la ciudad. El sol comenzaba a salir y teñía el cielo de un rojo intenso que hacía fulgurar las casas encaladas y

el mármol del templo. Entornó los ojos ante aquella intensa y cegadora luz y contempló cómo Roma se mostraba majestuosa a sus pies desde el extremo norte de la ciudad.

Se pasó la mano por la barbilla y suspiró preocupado sin dejar de mirar el horizonte. En ese momento, un hombre vestido con una amplia toga se acercó al emperador. Era el *Flamen dialis*, el sumo sacerdote de Júpiter.

—¿Deseas consultar el oráculo? —le preguntó.

—Necesito que Júpiter interprete mis sueños y me dé respuestas.

El *flamen* se percató de la tensión de su rostro y de cierto desasosiego en su voz. Mucha gente acudía para consultar sobre futuros acontecimientos, pero la facies de Claudio era la de un hombre preocupado.

La fuerza espiritual de aquel lugar le resultaba sobrenatural al emperador. Sabía que consultar sobre el futuro implicaba peligro, pero necesitaba conocer qué secretos del destino debía desvelarle el *flamen* como mediador de la máxima deidad.

—Sé que la pregunta que voy a hacer no debe hacerse, pero si la forma de revelar mi futuro es mediante los sueños, debo saberlo.

El sacerdote dirigió una mirada reverente a Claudio y en ese instante un águila cruzó la colina Capitolina como si quisiera transmitirles con sus chillidos una señal divina. Se giró siguiendo con la mirada a la rapaz que se alejaba y no pudo evitar sentirse invadido por una oscura premonición.

Claudio caminaba despacio tras los pasos del *flamen*. Atravesaron las dos filas de columnas dispuestas en línea hasta llegar al pronaos, profundo vestíbulo que daba paso al elevado templo situado sobre un alto podio, al que se accedía mediante una escalinata frontal.

—Los oráculos permiten a los mortales conocer lo que únicamente los dioses saben —dijo el sacerdote casi en un murmullo, inclinando la cabeza frente a la imponente estatua del dios Júpiter y tras un breve silencio agregó—. Aquello que tal vez los hombres no deberíamos conocer.

Claudio sacó con mano temblorosa una bolsa repleta de áureos y se la donó al sacerdote después de revelarle sus sueños. No podía disimular su estado de agitación que agravó sus incontrolados movimientos de cabeza.

—Espérate aquí —le pidió el sacerdote y desapareció.

Claudio, allí en la soledad y frente al templo de su dios, aguardó impaciente hasta que apareció el *flamen*.

—Los dioses tienen varias formas de comunicarse con los mortales y una de ellas son los mensajes enviados como señal divina directa en forma de sueños. Comprendo que estos imprevisibles augurios pueden alterar tu vida. Como *Flamen dialis* debo interpretar el significado de esos sueños con la asistencia de Júpiter y proponerte el medio adecuado para su rápida expiación ritual, que te permita restablecer el orden en tu proceder diario como emperador de Roma.

—En mi sueño me veo tendido en el suelo, sin vida y rodeado de jóvenes. ¿Qué tipo de muerte me aguarda? ¿Me sucederá mi hijo?

—Tu muerte no será natural. Serás envenenado por alguien muy cercano a ti, de tu propia sangre —se detuvo un instante y con mirada enigmática continuó—. El próximo emperador de Roma no será tu hijo.

Claudio bajó la cabeza y cerró los ojos. Se le quedaron grabadas aquellas palabras. Hubiera deseado no conocer el secreto de su muerte. Era consciente de que no podía cambiar su funesto final ni el futuro de Roma.

—Que los dioses te acompañen y te ayuden en tus decisiones —le deseó el *flamen*.

El emperador murmuró algo parecido a un agradecimiento y se dirigió cojeando a la salida del templo. Unas lágrimas resbalaron por sus mejillas y nublaron su vista. No pudo evitar que el miedo, la inseguridad y la angustia se apoderaran de él.

Capítulo 1

Año 40 d. C.

El día amaneció gris con densas y oscuras nubes que cubrían el cielo. Soplaban un tormentoso viento que sacudía furioso las velas de la galera y el mar se movía inquieto. Junto a otros galeotes, encadenado con argollas de hierro y sentado sobre la bancada, esperé la señal con los remos en alto y los hundí rápidamente en el agua cuando empezó el sonido del bombo, marcando el ritmo rápido de boga. Sobre el pasillo central que separaba los bancos de remo paseaba el *cómitre*, látigo en mano y con tono amenazador nos advirtió:

—Todos vosotros sois delincuentes condenados a remar en galeras. Es la forma de pago por vuestros delitos cometidos. Os mantenemos con vida para servir a esta nave, por lo tanto, remad y continuaréis vivos... Galeotes a bogar —ordenó, tras una breve pausa, entrecerrando los ojos y señalándonos con un dedo como si pretendiera reñirnos.

Con las primeras luces del amanecer, la nave cruzó la bocana del puerto para lanzarse a mar abierto. La galera tenía en cada fila dos bancos, uno a cada lado de la crujía sobre la que sobresalían dos mástiles y cada banco acomodaba a tres galeotes, aunque en algunas situaciones de emergencia acogía hasta cuatro. En la proa, a nivel de la línea de flotación, la nave llevaba un espolón de bronce en forma de pirámide reforzado con hierro y terminado en punta que era utilizado para embestir a los navíos enemigos en combate e iniciar el abordaje o enviarlos a pique tras la fuerte colisión.

Las enormes olas que rompían contra la proa nos alcanzaban y empapaban de agua. El viento racheado era tan intenso que tuvimos que recoger velas. El incómodo balanceo de la nave se convirtió en violentas sacudidas y fuertes crujidos que parecían querer partir la nave en dos.

El capitán para evitar males mayores ordenó que volviéramos a puerto a pesar de la dificultad que suponía. El temporal complicó las maniobras y tuvimos que echar ancla en una ensenada donde pudo fondear la galera. El fuerte vendaval balanceaba bruscamente la nave y para impedir que el viento huracanado y la fuerte corriente partieran el cabo del ancla, nuestro almirante ordenó bogar contra el viento para evitar sus nefastas consecuencias.

Al día siguiente el capitán ordenó levar anclas, abandonamos la ensenada y navegamos hacia el norte siguiendo la costa a lo largo del litoral hasta que con las últimas luces del crepúsculo decidió navegar mar a dentro. El capitán consideró que estábamos preparados para resistir el ataque de los piratas. La proporción de soldados y remeros que formaban parte de la tripulación era la adecuada para una buena defensa. Los soldados suponían una ventaja en caso de abordaje, pero reducía la velocidad de las maniobras, que marcaba la diferencia entre embestir o ser embestidos.

La noche nos cubrió con su negro manto y la luna se negó a iluminarnos. El mar comenzó a agitarse y el oleaje se batía contra el casco de la nave bamboleándola. El capitán, con las manos apoyadas sobre la barandilla del castillo de popa, intentaba ver en la oscuridad de la noche y ante la dificultad de poder divisar alguna embarcación enemiga ordenó silencio y cerró los ojos para concentrarse en los sonidos. Los soldados no murmuraban ni un comentario entre ellos y el *cómitre* dejó de marcar el ritmo. En la proa sobresalía el poderoso espolón de bronce que surcaba y abría las aguas en busca de una presa. El roce de la nave sobre el mar y el empuje de las palas de los remos era el único sonido que se escuchaba. Algunos soldados gritaron, rompiendo el silencio, para advertir de la presencia de una embarcación enemiga. El capitán vio surgir la nave de la oscuridad.

El bajel estaba frente a nosotros y nuestro comandante comenzó a dar órdenes para virar y modificar el rumbo con la intención de evitar que nos impactara por el flanco. El *cómitre* dispuso que en galeras cada bancada fuera ocupada por cuatro galeotes. La colisión entre ambas naves parecía inevitable y dio instrucciones de bogar solamente con los remos de estribor y levantar los de babor, maniobra que permitió al timonel hacer girar la nave repentinamente eludiendo el choque. El espolón de proa de la nave enemiga pasó cerca del flanco, remábamos y batíamos los remos con destreza, venciendo la resistencia de las bravas aguas para conseguir virar la galera y evitar la temida embestida.

Las dos naves pasaron tan cerca la una de la otra que el casco de la nave enemiga quebró los remos de babor de nuestra galera, dejando malheridos a muchos de los galeotes que los manejaban. El capitán seguía dando órdenes para resistir el abordaje del enemigo que se disponía a asaltar nuestra galera.

Los piratas solían atacar por la noche aprovechando la confusión de la tripulación abordada. Tan pronto como sonó el estrépito de las naves chocando, lanzaron garfios para sujetar las naves y saltaron al abordaje gritando y aullando como lobos hambrientos. Con el impacto, algunos soldados cayeron sobre el suelo de cubierta. La lucha fue feroz, lanzazos, espadazos, gritos de dolor, salpicaduras de sangre y angustia.

El asalto fue cruento, el capitán iba de un lado a otro de cubierta tratando de organizar la defensa, pero no pudo evitar ver como sus soldados caían atravesados por las armas enemigas. Fue una matanza terrible hasta que el capitán para evitar más muertes se rindió sin condiciones. Los cadáveres se amontonaban en cubierta bajo el castillo de popa. Los piratas los despojaban de sus ropas para quitarles todo lo que tuviera valor y los arrojaban al mar. Media docena de hombres armados bajaron a la bodega con la intención de terminar con nuestras vidas.

—Acabad con los remeros que estén malheridos, nos pagaran menos por ellos que lo que cuesta alimentarlos —ordenó uno de

ellos con tono despectivo. Era un hombre de mediana edad, constitución atlética, abundante pelo castaño que cubría con un pañuelo de color negro, espesa barba que enmarcaba su prominente mentón, nariz aguileña y grandes y expresivos ojos grises. Varias vueltas de un fajín de color rojo rodeaban su cintura y albergaba entre sus pliegues una daga a cada lado—. Al resto, mantenerlos con vida. Serán vendidos como esclavos —continuó diciendo Brishon con voz fuerte y segura. Era el cabecilla de aquel grupo de bárbaros que se dedicaban a saquear naves. La mayoría de los galeotes del lado de babor que estaban malheridos o agonizando fueron rematados y sus cuerpos lanzados al mar.

Había sido tal el esfuerzo que tuvimos que hacer para vencer a golpe de remo aquellas bravas aguas que por nuestros cuerpos resbalaban gruesas gotas de sudor. Me faltaban las fuerzas y mis manos agarrotadas, seguían apretando los remos con tanto ímpetu que estaban pálidas y temblorosas.

Las primeras luces del alba iluminaron la cubierta y fueron testigo de la encarnizada matanza. El viento comenzó a soplar de poniente y el *cómitre* que marcaba el ritmo de boga fue sustituido por un pirata de aspecto rudo que nos maldecía con gritos, amenazas y azotes. Desde mi asiento contemplé aterrado como uno de aquellos bárbaros levantaba la espada y le golpeaba en el cuello degollándolo. El golpe lo derribó y cayó sobre la crujía, dejando un gran charco de sangre.

Ataron fuertes sogas a nuestra galera para remolcarla y algunos corsarios pasaron a nuestra nave. Estuvimos navegando a lo largo del día hasta llegar a una amplia bahía donde con las últimas luces del atardecer y protegidos del viento y el oleaje decidieron atracar ambas embarcaciones. Esa noche, en su campamento celebraron la victoria y todos disfrutaron comiendo y bebiendo hasta altas horas de la madrugada.

Nosotros continuábamos en la galera. Seguíamos sujetos por grilletes de hierro que rodeaban nuestros tobillos y nos mantenían unidos por una gruesa cadena. Estábamos mal alimentados y las condiciones higiénicas eran deplorables. Esperábamos sin saber

que iba a ser de nosotros. Sentado sobre mi bancada me resultaba imposible dormir. Las imágenes de la masacre de la noche anterior me acompañaban y no podía borrar de mi mente el rostro de mis compañeros, unos muertos y otros rematados para ser arrojados al mar. El agotamiento me venció poco antes del amanecer.

Permanecíamos sentados en la bodega de la nave. Había perdido la noción del tiempo. No sabía cuantos días llevaba en esas nefastas condiciones, mi voz era débil y apenas inteligible, mis labios estaban resecos, agrietados y ulcerados. Como vestimenta tan solo llevaba una prenda que tapaba mis vergüenzas. Mi única compañera era una tos seca y violenta seguida de un fuerte dolor en el pecho que dificultaba mi respiración. En más de una ocasión deseé dejar de respirar y terminar con aquella sensación de asfixia que me obligaba a tomar aire a bocanadas.

—Agua... —era lo único que suplicaba.

Frente a mí distinguí un bulto que me acercó un cuenco con agua. No tenía fuerzas para mantener la cabeza erguida. Con esfuerzo la levanté lentamente y en un intento de ver quién me ofrecía el agua, abrí mis entrecerrados ojos. Con visión borrosa estiré los brazos y sujeté el cuenco con manos temblorosas derramando parte de su contenido. Brishon se apiadó de mí y me lo acercó a los labios.

Desperté tumbado sobre un mugriento camastro dentro de una pequeña tienda de campaña. Aquel hombre había ordenado que nos librasen de las cadenas y nos bajaran a tierra donde debíamos ser alimentados y cuidados.

—¿Cuántos rehenes tenemos? —preguntó con voz firme.

—Hemos contabilizado cuarenta —indicó el hombre encargado de custodiarnos—, pero todavía faltan algunos por desembarcar. Puede que alcancemos el medio centenar.

—¿Cuántas bajas hemos sufrido?

—Hemos perdido una veintena de hombres y algunos heridos.

—Bien, realmente son pocos, podrían haber sido muchos más —sus palabras estaban teñidas de sangre después del cruento asalto y la matanza que tuvo lugar.

Estaba anocheciendo, el ruido que hizo al entrar me sobresaltó y abrí los ojos en la penumbra siguiéndolo con la mirada. Se arrodilló a mi lado y me ofreció un recipiente con sopa caliente.

—Bébetela, te sentará bien —me dijo en griego, mirándome fijamente a los ojos.

Incorporé mi frágil y débil cuerpo y cogí el cuenco que me ofreció. Las crisis de tos ya no eran tan frecuentes, pero todavía me quedaba una voz afónica y había perdido peso. Brishon me observaba mientras me tomaba la sopa a pequeños sorbos. Cuando terminé me quedé sentado, abrazado a mis rodillas, rogando a los dioses que me dieran fuerzas.

Durante la siguiente semana Brishon acudió a diario, procuraba que bebiera y comiera todo aquello que me traía. Esa noche estaba sentado sobre la manta en la que dormía, absorto en mis pensamientos mientras contemplaba la llama de la lámpara de aceite cuando entró y se detuvo frente a mí. Me miró a los ojos, sacudió la cabeza en un intento de analizar sus palabras y me dijo con voz firme y mirada enigmática:

—¿Por qué crees que estás separado del resto de tus compañeros y cuido de ti personalmente?

—¿Por ser el más joven? —respondí, confundido ante aquella inesperada pregunta.

—No solo por eso. No me ha pasado inadvertido que hablas latín y griego y eres un joven culto —una sonrisa afloró a sus labios y continuó diciendo con cierta ironía—. Creo que eres un rehén muy valioso y necesito conocer tu linaje y saber quién eres. En el mercado valdrás tu peso en oro.

—Soy romano y mi familia ni es de sangre imperial ni pertenece a la elite de Roma.

—No estás en condiciones de mentirme. Estoy dispuesto a sacarte la verdad por el medio que sea.

—No miento. Soy el hijo de una ramera.

Brishon me miró furioso. Sus ojos parecían salirse de las órbitas, estaban desencajados e inyectados en sangre. Salió de la tienda

a grandes zancadas sin mediar palabra. Mi destino estaba en sus manos. Era parte de su botín, mercancía humana que le debía generar suculentas ganancias.

A pesar de mis reiteradas respuestas a sus continuos interrogatorios siguió cuidándose personalmente de mí, concediéndome algunos privilegios. Con el paso del tiempo me fui recuperando. Había ganado peso, desaparecido aquella persistente tos y se me permitía pasear por el campamento, siempre bajo la vigilancia de uno de los guardas que se mantenía algunos pasos por detrás.

El cielo estaba cubierto de nubarrones oscuros y soplaban un viento gélido. El frío era tan intenso que tuve que exhalar aliento en mis manos y frotarlas enérgicamente para calentarlas. Brishon esa mañana había decidido seguir adiestrando a sus hombres en el uso de las armas. La gran mayoría de ellos habían sido esclavos y estaban dotados de cuerpos fuertes. Eran jóvenes y valientes y les había infundido el espíritu de sacrificio, entrenaban con el torso al aire a pesar del frío invernal. Sus cuerpos anchos y fibrosos confirmaban el continuo adiestramiento al que se veían sometidos.

Continué mi excursión por el campamento, seguía frotándome las manos vigorosamente, pero el frío se había propuesto no abandonarme. En una de las tiendas de reclutamiento se formó una larga cola de jóvenes, casi todos ellos esclavos que fueron aceptados para formar parte de aquel ejército que cada vez era más multitudinario.

Brishon era un hombre carismático. Su autoridad no solo provenía de su habilidad con las armas. Era un estratega y tenía fama, entre sus hombres, de ser justo, valiente y moderado. Había obtenido varios éxitos en sus incursiones por el mar. Su valor le precedía y eran varios los que habían decidido unirse a él. Siempre era ecuánime en el reparto de sus asaltos y trataba por igual a todos los hombres que libremente habían elegido estar bajo su mando. Comandaba un auténtico ejército de mercenarios. Sus normas eran estrictas y penalizadas cruelmente si no se obedecían. La advertencia de que no toleraba la sodomía entre sus hombres, bajo pena de

castración, resultó efectiva desde que mutiló con su espada a dos de sus hombres y dejó que se desangraran a la vista de todos.

El sol acababa de ponerse tras las montañas y comenzaba a oscurecer mientras contemplaba el mar desde la orilla. Sus olas salpicaban y empapaban mi ropa al romper con fuerza sobre las rocas. Algunos de los hombres que montaban guardia portaban antorchas mientras hacían la ronda y vigilaban el campamento. El crujido de sus pasos sobre la arena y el murmullo de sus voces me sacaron de mi ensimismamiento. Uno de ellos se adelantó y se acercó hasta donde yo estaba.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Me volví con aprensión y frente a mí tenía a un joven que tan solo debería tener un par de años más que yo. El adiestramiento en el campamento le había engrosado sus brazos y me sobrepasaba una cabeza, era más alto que la mayoría de los hombres que formaban aquel peculiar ejército.

—Pregunta —le respondí sorprendido.

—¿Quién eres? ¿Por qué recibes un trato distinto al resto?

—Soy Aulus, un preso que cumplía condena en galeras y ahora un rehén con un futuro incierto.

El joven se calló, miró hacia delante y me invitó a volver a mi tienda.

—Supongo que no sabrás que partimos mañana hacia el norte con la idea de venderte junto a otros a un mercader de esclavos.

El resplandor de la antorcha iluminaba nuestros rostros y el muchacho advirtió como cambiaba mi semblante. Intenté disimular mi sorpresa frente aquella noticia que anticipaba mi futuro como esclavo. Me puso una mano sobre el hombro, me miró fijamente a los ojos y me dijo:

—Que los dioses te acompañen. Yo he llegado hasta aquí huyendo del maltrato que sufría como esclavo.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—Lucio, pero dudo que nos volvamos a ver.

—Partiré mañana y los dioses decidirán mi destino. Espero ser más afortunado y tener mejor trato del que recibiste tú. Si volvemos a vernos y me encuentro en condiciones de poner mi mano sobre tu hombro, no dudes que lo haré.

—Gra..., gracias —respondió asombrado. Me acompañó hasta mi tienda y se alejó evitando cruzar su mirada con la mía. Regresó pensativo junto a su compañero, con la vista perdida en su propia sombra.

Capítulo 2

Mis ojos recorrieron el exterior que apenas conseguía distinguir en la penumbra de la noche. No parecía haber movimiento alguno. Debía aprovechar la oscuridad antes de que se percataran de mi huida. Forcé la vista y avancé a oscuras sorteando las tiendas de campaña hasta llegar a un estrecho sendero. Con las primeras luces del alba descubrirían mi fuga, pero ya estaría lejos.

Me pareció ver unas sombras moviéndose y decidí esconderme tras un árbol, me incliné hacia delante para poder observar y estar seguro de que algo o alguien se estaba moviendo. Permanecí en silencio con la respiración acelerada y me limpié el sudor de la frente con el dorso de la mano. De repente se oyó un golpe lejano. Me reincorporé aguantando la respiración y unos segundos después el golpe se repitió. Me mantenía erguido detrás del árbol y los golpes se seguían oyendo mientras las sombras parecían acercarse y comenzaban a ser claramente distinguibles. El rayo de esperanza que albergaba se esfumó y el temor y la angustia me invadieron al verlos frente a mí.

Me llevaron a mi tienda y me colocaron nuevamente los grilletes. Comenzaba a amanecer cuando Brishon entró acompañado por Manius, su lugarteniente, y sin mediar palabra me golpeó en la cara con el dorso de la mano. Caí al suelo y me protegí el rostro. Me agarró por el pecho y me puso de pie. Tenía el lado derecho de la cara enrojecido y tumefacto. No era capaz de abrir el ojo.

Brishon no salía de su asombro e intentó buscar las palabras adecuadas para transmitir lo que sentía y cómo le había defraudado:

—Te consideraba más inteligente de lo que has demostrado ser. Te he dado un trato preferente y esta ha sido la forma de pagármelo. No vuelvas a intentar escaparte —soltó una irónica sonrisa y mirando a Manius prosiguió—Será azotado con diez latigazos y no se le retirarán los grilletes.

Sabía que si me descubrían las consecuencias de aquella huida podían ser terribles y asumí mi condena con resignación.

El castigo impuesto fue ejecutado esa misma mañana por Manius que parecía disfrutar con cada latigazo. El primero lo esperé con resignación, fue fuerte, me estremecí de dolor y una línea roja cruzó mi espalda. El siguiente golpe lo recibí con los dientes apretados y unas gotas de sudor corrieron por mi rostro. El tercero lo aguardé con los ojos cerrados que abrí de forma desorbitada al recibir el cuarto. El quinto resonó con más fuerza que los anteriores, mientras que aquellas líneas rojas que surcaban mi espalda se hinchaban y algunas se abrían y sangraban. Perdí el conocimiento con el sexto latigazo y cuando recobré la conciencia me encontré en el suelo, tumbado boca abajo, con la espalda surcada por varias heridas que la atravesaban.

Brishon hizo un gesto para que Manius se detuviera y me llevaron a mi tienda en muy mal estado.

—La orden no era fustigar al muchacho hasta destrozarle la espalda —exclamó Brishon, dirigiéndose a Manius con los ojos desenchajados—. La única finalidad era dar un castigo ejemplar, pero no acabar con su vida. Podemos conseguir un buen rescate por ese chico y tú casi lo matas.

—Parece que los dioses están decidiendo sobre su vida. Tal vez lo azoté con excesiva fuerza —respondió el lugarteniente, desviando la mirada hacia mi espalda de forma despectiva.

Las palabras de Manius crisparon a Brishon y no pudo contener su cólera, alzó una mano con el índice extendido y señalándolo le dijo:

—Muerto no me sirve y es el preso más valioso. Si ordeno azotar a un rehén no es para matarlo. Si ese fuera mi propósito, ordenaría degollarlo.

Manius escuchó con los brazos cruzados y le mantuvo la mirada sin parpadear. En sus ojos había un destello fugaz de odio acompañado de una sonrisa desafiante, aunque no podía evitar sentirse preocupado y menos seguro de lo que aparentaba.

—Tu vida depende de que ese joven sobreviva. Te recomiendo que no te separes de él y lo cuides cómo a tu vida misma —le aconsejó Brishon, se puso de pie y salió de la tienda cubierto por un manto de gruesa lana, capa de piel de oso y capucha.

Llevaba varios días sin poder levantarme desde que recibí aquellos latigazos. Manius confió mi cuidado a su hija mayor. Era una bella joven llamada Altea. Llegó acompañada por su padre. La lluvia no cesaba y el agua caía a cántaros. Agachó la cabeza y entró silenciosamente en la tienda con los cabellos mojados y pegados a la frente. Se mantuvo en silencio y su rostro cambió al ver las heridas que surcaban mi espalda. Sus ojos de niña asustada me conmovieron. Había algo en ella que me recordaba a Helena y me hacía sentir más próximo.

Llevaba así dos días, el dolor se había adueñado de mi cuerpo. Estaba inquieto, tenía la cara y el torso bañados en sudor, los ojos inyectados en sangre y la respiración acelerada. Altea se arrodilló junto a mí y me secó el sudor de la frente. Comprobó mi estado febril y los rápidos latidos de mi corazón. Las heridas que surcaban mi espalda supuraban un líquido sanguinopurulento. Puso agua a hervir, limpió las heridas y aplicó unos ungüentos con miel sobre las heridas.

Manius entró y preguntó con el rostro preocupado:

—¿Consideras que es grave?

Altea le dirigió una mirada y se limitó a seguir curando mi espalda sin responder.

—¿Es grave? —en esta ocasión la pregunta la hizo Brishon que entró en la tienda detrás de su lugarteniente.

Mis continuas lamentaciones hicieron que ambos desviaran su mirada hacia mí. Yo lo único que pedía era que me aliviaran de aquel sufrimiento. Altea sacó de su zurrón opio, beleño y man-

drágora y puso agua a hervir para preparar una cocción que me aliviara el dolor. Mientras esperaba que se maceraran las plantas en un pocillo de arcilla, hizo una pausa, miró fijamente a su padre y desvió la mirada hacia Brishon para comentarles a los dos el lamentable estado en el que me encontraba:

—Sus calenturas y el mal aspecto de las heridas me sugieren que su vida depende más de la clemencia de los dioses que de nuestras curas y cuidados —me levantó suavemente la cabeza acercando el pocillo a mis labios y me dijo:

—Bébetelo. Este preparado te aliviará y podrás dormir plácidamente.

Bebí aquel brebaje a sorbos cortos y cuando terminé me dejé caer agotado por el esfuerzo.

Altea comprobó cómo los latidos de mi corazón se apaciguaban y mi rostro, dominado hasta entonces por el dolor, se relajaba y quedaba sumido en un profundo sueño.

Los días se sucedían, bajo los efectos de aquellos brebajes, la supervisión diaria de las heridas que Altea limpiaba con vino y agua previamente hervida y diluida en miel. En mis momentos de lucidez ella me obligaba a comer. El resto del día mis movimientos eran torpes, intentaba abrir los ojos y susurraba unas confusas palabras antes de sumirme de nuevo en un profundo sopor.

El transcurso de los días puso en evidencia mi franca mejoría gracias a los cuidados de Altea que no se separó de mí en ningún momento. Comprobó satisfecha la desaparición de la fiebre y la buena evolución de aquellas heridas que habían dejado de supurar y comenzaban a cicatrizar con la ayuda de aquellos ungüentos de miel.

—¿Cuándo podré levantarme? —pregunté ilusionado.

—No debemos adelantar acontecimientos, todavía estás muy débil. Puedes dar gracias a los dioses por seguir con vida.

Altea tuvo que salir al monte para recoger algunas de las plantas que necesitaba para las curaciones. Era una amante de la naturaleza, conocedora de multitud de plantas y de sus efectos medicina-

les. Sabía secar y pulverizar hierbas, preparar ungüentos e infusiones que dispensaba a los que las necesitaban en el campamento. Aproveché aquel momento para intentar incorporarme haciendo un gran esfuerzo. Puse un pie en el suelo, saqué la otra pierna del camastro y me senté en el borde del lecho. Me sentía mareado, con la cabeza confusa, pero debía intentarlo. Me agarré al borde de la cama y me incorporé. El mareo se apoderó de mí y caí de espaldas sobre el lecho. Estuve a punto de perder el conocimiento, cerré los ojos en un intento de evadirme de aquella extraña sensación y cuando los abrí desistí de intentarlo de nuevo.

A última hora de la tarde, Brishon se presentó en la tienda para interesarse por mi estado de salud. Estaba junto a mí elogiando mi recuperación cuando volvió Altea, que lo mantenía informado tanto a él como a su padre y se sorprendió al verlo.

—Tu pronta mejoría se la debemos a esta maravillosa joven —me dijo Brishon con una sonrisa y una mirada de asombro. No parecía dar crédito a lo que era evidente y tras un breve silencio continuó—, pero no ofendamos a los dioses que han sido clementes y han permitido que sigas entre los mortales.

—Aprovechando que estás aquí, he de mediar por tu rehén y pedirte que le permitas salir de la tienda. Está muy pálido y necesita beneficiarse del aire y del sol para acelerar su recuperación.

—He de admitir que tu madre, a la que los dioses quisieron llevarse, te instruyó muy bien en el arte de la medicina y el conocimiento de las propiedades curativas de las plantas —se giró, me miró fijamente y continuó diciendo con semblante serio—. Te concedo la petición, pero no olvido tu tentativa de huida, por lo que deberás caminar con los grilletes puestos —se volvió hacia Altea y prosiguió—. Se beneficiará del aire, del sol y de cortos paseos. ¿Satisfecha?

—No esperaba menos, aunque posiblemente su pronta recuperación te beneficia más a ti que a él.

Dos días después, ante mi insistencia y bajo la supervisión de Altea, intenté incorporarme de mi lecho, pero me faltaron fuerzas

y ella me pasó su brazo por mi maltratada espalda con la intención de ayudarme. Intenté agradecerle su ayuda, pero no pude evitar que un rictus de dolor cambiara mi semblante al levantarme, lo que no impidió que comenzará a deambular por la tienda con cierta dificultad, pero con una voluntad de hierro.

Era una mañana resplandeciente, desbordada de sol. Los pequeños cúmulos de nieve sobre los arbustos y árboles comenzaban a derretirse, parecían querer anunciar que el invierno llegaba a su fin. El hielo se fundía y se formaban pequeños charcos de agua cristalina. Solo permanecían blancos los montes y los rincones más sombríos del bosque. Dimos un paseo sorteando algunas de las tiendas del campamento. Altea se detuvo en una de ellas y me presentó a Teodoro, el herrero, que en ese momento forjaba en la fragua a golpe de martillo unas láminas de hierro incandescente. Era un hombre corpulento, de testa alopecica, barba espesa y revuelta, ojos saltones, nariz aguileña y una exuberante barriga que protegía con un grueso delantal. No le pasó desapercibida mi cara de sorpresa al ver la forma que daba a aquellas espadas.

—Son falcatas —me dijo, sin dejar de mirar el yunque sobre el que martilleaba.

—Nunca había visto este tipo de espada. En Roma se empuña el gladio, que es una espada recta que suelen usar los gladiadores —respondí con cierta inquietud, consciente de mi ignorancia con las armas.

—La falcata es una espada de hoja curva con un solo filo muy cortante y fuerte al golpear, lleva tres láminas de hierro soldadas a la calda —aclaró, desviando en esta ocasión la vista hacia nosotros, al tiempo que nos brindaba una gran sonrisa.

—¿Cuál es su procedencia? Nunca había visto ni oído hablar de este tipo de espada —pregunté con cara de asombro.

—Son originarias de la iberia prerromana. Nací en Hispania al igual que mi padre y sus antepasados que ya forjaban falcatas en la fragua.

—Imagino que para ser hábil con este tipo de arma debes ser adiestrado previamente —volví a preguntar, esta vez con admiración.

—Brishon, que también ha nacido en Hispania, adiestra a sus hombres en el manejo de la falcata por ser un arma más efectiva en el ataque cuerpo a cuerpo. Es tan efectiva que tras las primeras batallas en la península ibérica las tropas romanas reforzaron con hierro los bordes de sus escudos para contrarrestar la potencia de corte de las falcatas, que era muy superior al de las espadas rectas.

El herrero, al igual que otros muchos, adoraba a Brishon. Aquellos hombres darían su vida por él sin pensarlo. Lo respetaban más allá de lo que cualquiera se pudiera imaginar.

Durante nuestros paseos diarios por el campamento, siempre acompañado por Altea y vigilados de cerca por Lucio, pude comprobar que Teodoro era un hombre profundamente íntegro y digno que se soliviantaba ante lo que él consideraba injusto. Su mujer de esbelto cuerpo, ancha de cara, nariz afilada y unos cuarenta y tantos años, aquel día se acercó lentamente hacia nosotros y fijó su vista en mí.

—¡Altea! Qué placer verte... ¿Quién es este joven?

—Es Aulus.

Teodoro, sin dejar de sonreír, dejó la forja, caminó con breves pasos hacia mí y apoyando su mano sobre mi hombro dijo:

—Vamos, mujer, deja las preguntas para más tarde y recibe a estos jóvenes como se merecen. Sácales algo de comer y una copa de vino.

Accedimos al interior de su tienda en cuyo extremo había una mesa de madera donde la mujer nos sirvió carne de jabalí y una copa de vino.

—Siéntate allí —me ordenó amablemente, empujándome hacia un banco de madera. Él tomó asiento al otro lado, frente a mí.

Quise responder a la pregunta que hizo su mujer y una vez más repetí lo que tantas veces había contestado y nadie parecía creer.

—Mi madre es una prostituta que regenta uno de los prostíbulos más conocidos de Roma.

—Pero... Eso no es lo que opina Brishon —respondió Teodoro confuso.

—Sé que está convencido de que miento —el herrero no salía de su asombro y escuchaba atentamente—. Esa es la triste realidad. La persona que se encargó de mi crianza fue mi tía y encomendó mi educación a Marcelo, un hombre culto e instruido.

Se levantó y acercándose a mí, apoyó de nuevo su mano en mi hombro y me dijo:

—Veré lo que puedo hacer. Te prometo que intentaré mediar en tu defensa, pero convencer a Brishon no será fácil. Está convencido de que todo lo que dices es una patraña para proteger a tu familia.

El herrero desvió la mirada hacia su mujer y muy serio, pero convencido le dijo:

—Lo único que se me ocurre para socorrer a este indefenso muchacho es convertirlo en hijo nuestro y que viva aquí bajo tus cuidados y los míos.

—Nunca será como... —sollozó, tapándose la cara con ambas manos—. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé, mujer —admitió él, acercándose a ella y retirándole las manos de la cara para besar su mejilla—, pero es un buen chico y puede ser una buena compañía para los dos, aunque nunca pueda sustituir a nuestro difunto hijo.

—¡Sea! —admitió ella secándose las lágrimas y continuó diciendo con voz entrecortada—. Pero no nos hagamos falsas ilusiones hasta que Brishon acepte tu propuesta y me parece que deberías consultarle al chico si es lo que él desea.

—Déjalo en mis manos mujer —convino él mirándome a los ojos.

—No te inquietes —cogió al vaso de vino y tras dar un largo trago continuó—, pero mi mujer tiene razón, Brishon no es un hombre fácil de convencer y tampoco te he preguntado a ti si te parece bien lo que propongo.

—Mi futuro es incierto. Lo más probable es que sea vendido como esclavo. Ante esta alternativa opto por quedarme con vosotros, pero tan solo pido una cosa.

—¿Cuál es tu petición? —preguntó Teodoro preocupado.

—No quiero ser un pirata que asalta embarcaciones y asesina a personas inocentes.

—Te quedarías conmigo y te enseñaría el oficio de herrero. No saldrías a navegar, ni asaltarías galeras.

—Sería muy afortunado si lograras convencer a Brishon, pero mucho me temo que no consigas tu propósito.

Teodoro me reprobó con la mirada, desestimando lo que había dicho y con un gesto de la mano rechazó mis palabras.

—Sé que no va a ser fácil, pero no estés tan seguro de que no consiga mi propósito.

Me considero un buen amigo de Brishon y somos compatriotas. Los dos hemos nacido en Hispania y nos respetamos.

Asentí, como obedeciendo, y nos despedimos. Nos alejamos y la curiosidad me venció. No pude evitar preguntar a Altea por el hijo de Teodoro.

—¿Qué le sucedió?

—Murió en el asalto a la galera en la que tú viajabas. Es como si los dioses te hubieran enviado a ti para sustituir al hijo que han perdido.

—¿Cómo era él?

—Tenía tu misma edad y era un chico muy alegre. Sus padres lo están pasando muy mal y me consta que Teodoro te aprecia y tú sabrías llenar el hueco que ha dejado Tedo.

—¿Tedo? —pregunté con cara compungida.

—Se llamaba como su padre, pero todos le llamábamos Tedo.

Al día siguiente las luces del nuevo día despuntaban en el horizonte dibujando franjas rojizas y azulonas. Los vi entablar conversación. Estaban lejos y no pude reparar en lo que decían, pero sí que pude ver como Teodoro le hacía entrega de una bolsa repleta de monedas que Brishon rechazó, despidiéndose fríamente. Le vi regresar, cabizbajo, desconsolado y pensativo.

El sol comenzaba a languidecer y sus últimos rayos de luz iluminaban las tiendas del campamento. Caminaba junto a Altea y Teo-

doro se acercó hacia nosotros con cara seria, posó su mano sobre mi hombro, me dirigió una triste mirada y se mantuvo en silencio negando con discretas sacudidas de cabeza. No hizo falta mediar palabra, fuera lo que fuese lo que pasó entre ellos, no consiguió que Brishon aceptara la petición de Teodoro.

Sentí un gran desconsuelo. Aquella pareja estaba dispuesta a acogerme y protegerme de mi mala ventura. Altea percibió mi pena y me dio unos golpes de consuelo en la espalda.

—Alguna solución debe de haber para evitar que seas vendido como esclavo —comentó Altea visiblemente emocionada.

—La decisión de Brishon es implacable y todos sabemos que nada puede hacerse.

A los ojos de todos las cosas continuaban igual. Salíamos cada día a pasear y mi aspecto había mejorado desde que me azotaron hacía algo más de un mes. Cierta día Altea me comunicó la tan temida noticia de mi marcha. Permanecimos en silencio bajo la lluvia, un fino sirimiri, que nos acompañó durante toda la mañana. Tenía un nudo en la garganta que no me permitía hablar, no sé si por lo que me esperaba o por tener que separarme de ella. Sonreí, tragué saliva e intenté contener las lágrimas que amenazaban con asomar a mis ojos.

Estaba anocheciendo. El sol comenzaba a ocultarse dibujando un ocaso perfecto. Me estiré en el suelo al lado de Altea, contemplamos en silencio la luna que se alzaba suavemente por el este dejando intensos reflejos sobre las tranquilas aguas del mar. No pude evitar pensar en el destino que nos esperaba. Hice un juramento solemne a los dioses ofreciéndoles mi vida, mi sangre y mi juventud a cambio de mi libertad y de una vida honrosa al lado de la mujer que estaba a mi lado.

Altea era una joven guapa, alta y esbelta, bien contorneada, de bellísimos ojos verdes y largas pestañas, cabello negro azabache, facciones regulares y labios bien dibujados que al sonreír mostraban sus perfectos dientes blancos. Se sujetaba el pelo con unas trencillas a la altura de las sienes, dejando libre el resto de su melena al viento.

—¿Has yacido antes con una mujer? —me preguntó con voz aterciopelada, suave y susurrante.

—Nunca. Solo he besado y abrazado a mi madre y a Helena, un amor de la infancia —respondí sorprendido.

Se incorporó, me miró a los ojos y pude observar que a través de sus pupilas se reflejaba la llama del deseo. Mantuvo un tono suave en su voz y una cálida sonrisa en sus labios mientras fue desnudándose lentamente, mostrando su blanca piel, sus piernas, su vello púbico y sus senos firmes de pequeño tamaño. Su cuerpo irradiaba una cálida sensualidad. Comencé a desnudarme fijándome en ella y dejando al descubierto mi gran excitación. Noté su cálido cuerpo, lo acaricié y sentí como mi corazón se aceleraba abrumado por el deseo. Nunca había experimentado semejante placer. Me puse encima de Altea y ella no hizo nada por evitarme. Sentí mi cuerpo contra el suyo y la penetré hasta llegar al éxtasis. Noté mi fluido en su interior y al oírle gemir no pude evitar pensar en el peligro que aquello representaba.

Altea se quedó mirándome intensamente unos momentos, me beso en los labios y me susurro al oído:

—Lo nuestro ha sido por amor y no debemos confundirlo con lujuria —hizo una pausa y con rostro compungido y algo confundida me preguntó—. ¿Realmente quién eres y por qué te condenaron a galeras?

Altea demostró que mi amor por ella era correspondido y me dispuse a contestar sus preguntas con la intención de aclarar sus dudas. El sol ya se había ocultado y la luna se alzaba sobre nosotros iluminándonos. Seguíamos estirados sobre la fina arena de la bahía y presentía que iba a ser nuestra última noche juntos. Los dos éramos conscientes de que nos esperaba un destino incierto. La miré fijamente a los ojos y me dispuse a relatarle mi vida.

